

Kate Griffin

**Kitty Peck
y los asesinos del Music Hall**

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para mi esposo, Stephen, y para mi madre, Sheila.

Prólogo

El día del funeral de mi madre, Joey tuvo que romper el hielo del lavabo para que pudiera lavarme la cara. Luego tuvo también que peinarme, ponerme el vestido de los domingos, hacerme los nudos de las botas y meter mis dedos rígidos en los viejos guantes de lana de Abuela Peck.

En ese tiempo a mi hermano le tocó hacer mucho por mí. Yo no podía moverme, no podía hablar, ni siquiera pensar. Después del funeral, pasé días sentada en la cama sin apartar la mirada de una mancha de moho de la pared. Tenía doce años.

Abuela Peck se había marchado el verano anterior y creo que fue entonces cuando mamá se rindió. Aunque nunca había sido una mujer fuerte, después de enterrar a la abuela, mamá se volvió un espectro. Primero desapareció la risa, después dejó de cantar y por último se apagaron los cuentos y todo lo demás. No recuerdo haber oído a mi madre proferir un solo sonido durante el mes antes de morir.

Eliza Peck estaba allí encerrada en alguna parte, pero nos era imposible dar con ella.

Supongo que eso explica que Joey estuviera tan preocupado por mí y que me llevara con él al Gaudy. Quizá crean ustedes que los music halls son el último sitio donde desearían que su hermana encontrara trabajo, pero él sabía que allí estaría ocupada.

El primer día pensé en la mancha de moho de la pared de mi cuarto. Me recordaba a la constelación de pequeños lunares negros repartidos sobre el párpado y sobre la mejilla derecha de Swami Jonah. El viejo mago me aterró cuando nos presentaron, aunque debo decir que lo más exótico de Swami Jonah era el

curioso acento de Liverpool que utilizaba cuando no estaba sobre el escenario.

Y es que así es como funciona: en los music halls nada es lo que parece. Eso es algo que se aprende enseguida, o al menos así debería ser.

Ahora me doy cuenta de que no siempre estuve atenta, pero es que estaba ocupada creándome una nueva familia, por así decirlo. Descubrí entonces que la diferencia entre mamá y yo era que a mí se me da muy bien cerrar puertas en mi cabeza y mantenerlas cerradas. Todavía tenía conmigo a Joey y muy pronto llegaron otros... y todos nos mecíamos en el Paraíso a orillas del Támesis.

Debió de ser duro para un muchacho como Joey ejercer de madre, de padre... de todos. Mi guapo y mimado hermano se la daba de gallito del corral, pero en aquella época apenas era poco más que un niño –tenía quince años– y de pronto se encontró a cargo de dos vidas. No es de extrañar que todo saliera tan mal, ni que sea yo, y no él, quien esté sentada aquí ahora.

Pero eso es el final, o al menos el final de una parte de lo ocurrido. Y este es el principio...

Capítulo uno

Lady Ginger tenía los dedos negros. Desde las descascarilladas puntas de las largas y curvadas uñas hasta la piel arrugada, apenas visible, bajo el tintineante batiburrillo de anillos, tenía las manos manchadas como las de un carbonero.

Y no es que se ensuciara los dedos con algo tan doméstico como un cubo de carbón, que quede claro. Oh, no: Lady Ginger era demasiado regia para eso.

Volvió a llevarse la pipa a los labios y la chupó ruidosamente mientras me observaba con los ojos entreabiertos.

La habitación era oscura y el olor a la caja de maquillajes especiales que la señora Conway utilizaba en *The Gaudy* impregnaba el aire.

A decir verdad, siempre que limpio el tocador de la señora Conway después de una función siento un poco de náuseas. Esa colonia «de la suerte» que se pone apesta como una zorra en un confesionario. Es lo que dice Lucca, y él es de Italia, que es de donde vienen los romanos, así que seguro que no se equivoca.

En fin, que me quedé allí, manoseando los puños deshilachados de mi mejor vestido mientras esperaba a que Lady Ginger dijera algo.

Un instante después, inspiró hondo, se quitó la pipa de la boca, cerró los ojos y se reclinó sobre el montón de cojines bordados que hacían las veces de mobiliario. Las pulseras de sus delgados brazos amarillos tintinearón cuando se arrellanó en el nido de seda.

No supe qué hacer. Miré al hombre que hacía guardia delante de la puerta, pero él no se movió. Se limitó simplemente a seguir

mirando fijamente la jaula de pájaros que colgaba junto a la ventana de postigos cerrados.

Di un par de pasos adelante y me aclaré la garganta. Si la anciana se había quedado dormida, quizá podría despertarla.

Nada.

Ahora que estaba un poco más cerca pude ver con claridad sus labios negruzcos: las finas arrugas que rodeaban la diminuta boca también eran negras. Parecía que se hubiera tragado una araña y que estuviera intentando vomitarla.

El opio es terrible. Mamá siempre decía que era el humo que salía de las fosas nasales del demonio y que podía estrangularte con más facilidad que la horca. Aunque Joe nunca le hizo caso.

Tosí sonoramente, y ni aun así la anciana señora se movió. Empezaba a pensar que quizá estaba muerta cuando de pronto habló la cotorra:

—Hermosa muchacha, hermosa muchacha...

Los ojos de Lady Ginger se abrieron de repente y me sonrió de oreja a oreja con esa boca húmeda y oscura. Por lo que pude ver, no tenía un solo diente.

—Pocas veces te equivocas, Jacobin. Cierto, es una preciosidad. Me quedé perpleja.

La voz de Lady Ginger era cien años más joven que el resto de ella: aguda y aflautada como la de una niña. Y también refinada... muy educada. Hasta entonces yo jamás la había tenido tan cerca como para poder oírla. Cuando baja de visita a los muelles en compañía de sus marineros persas, siempre hay demasiados empujones y gritos para poder oír lo que les dice, y, de todos modos, desde que Joey se fue siempre me he mantenido a distancia. Cuando Lady Ginger viene al Gaudy —cosa que no ocurre a menudo, todo sea dicho—, dispone de su palco especial con cortinas junto al escenario, con su propia escalera y su propia puerta que comunica directamente con el callejón lateral, de ahí que nunca la veamos llegar ni marcharse, ni tampoco veamos nunca quién la acompaña. En el Paraíso lo mejor es no hacer demasiadas preguntas.

—¿Así que tú eres Kitty Peck?

Lady Ginger se removió sobre su montón de cojines y se incorporó hasta quedar sentada. El holgado vestido que llevaba saturó su cuerpo enjuto cuando recolocó las piernas y las cruzó.

Iba descalza y vi que llevaba anillos hasta en los nudosos dedos de los pies.

Cogió su larga pipa y una vez más empezó a chupar sin apartar en ningún momento la mirada de mí.

Luego habló con esa peculiar vocecilla.

—Tuve trato con tu hermano Joseph, ¿no es así? Rubio como tú, y sin duda apuesto. Me pregunto qué habrá sido de él.

No respondí. Las dos sabíamos lo que había sido de Joey, aunque su cuerpo jamás hubiera aparecido en la orilla.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Kitty Peck? —Entrecerró los ojos y sonrió. Luego cogió una caja de material de escritura de ébano que tenía junto al montón de cojines, y oí el repiqueteo y el tintineo de las pulseras cuando la levantó hasta ponérsela en el regazo. Abrió la tapa de modo que yo no pudiera ver lo que contenía y empezó a hurgar dentro.

—Bueno, mentiría si dijera que te culpo por no querer hablar de él. Un mal asunto, eso es lo que fue.

Sentí que el estómago me daba un vuelco y tuve que poner todo mi empeño para no decir algo que sin duda lamentaría.

—Hace dos años que Joey... se marchó, y le echo de menos todos los días.

—¿Es eso cierto? ¿De modo que echas de menos a un asesino? Qué hermana más leal, Kitty Peck.

¿Asesino?

Joey había trabajado a las órdenes de la Señora, cierto —y todos en el Paraíso sabían lo que eso significaba—, pero no era un asesino. Ni siquiera era capaz de sacrificar a un agonizante pajarillo rescatado de las fauces de un gato. Eso me lo habría dejado a mí.

Abrí la boca, pero nada salió de ella.

Lady Ginger amplió aún más su sonrisa y sus ojos brillaron en la suave luz de las velas.

Por fin pude verla más claramente. Jamás había estado tan cerca de una mujer que tenía aterrorizado a medio Londres, y allí de pie, delante de ella, entendí, conmocionada, que era una farsante.

Hasta entonces había creído que era china. Sin embargo, esa trenza, esas uñas, la ropa, las joyas... no eran más que un disfraz. Lady Ginger era tan inglesa como yo.

—En cualquier caso, la lealtad es una cualidad que valoro —prosiguió, sacando de las profundidades de la caja de escritura una

funda de cuero verde no más grande que una caja de cerillas. Levantó la tapa de piel de zapa con una de sus largas uñas negras y agitó tres diminutos dados rojos en la palma de su mano—. ¿Sabes lo que son, señorita Peck?

Negué con la cabeza.

—Son el futuro. —Alzó la palma abierta de su mano para que pudiera ver los dados más claramente. En cuanto los vi entendí que no eran como los dados que usaban los hombres para jugar entre bambalinas en *The Gaudy*. En vez de los puntos habituales, las caras de los dados estaban cubiertas de dibujos dorados.

Lady Ginger cerró los dedos y agitó el puño. Oí el tintineo de los dados al entrenchocar contra sus anillos.

Acto seguido escupió tres veces sobre el suelo de tarima, junto a los cojines, y soltó los dados en el triángulo formado por los goterones de saliva negra.

Clavó durante un instante la vista en el suelo y empezó a reírse entre dientes.

—Ven, acércate, Kitty Peck, y dime lo que ves.

Obviamente, la Señora no es una mujer a la que deba hacerse enfadar. Aunque ardía en deseos de salir de esa hedionda habitación, bajar corriendo la escalera de caracol y alejarme tanto como me fuera posible del Palacio de Lady Ginger, no quería encolerizarla, de modo que me agaché y miré los dados: los tres mostraban la misma imagen.

Cuando hice el gesto de ir a coger el que tenía más cerca, ella se abalanzó sobre mí, rápida como el destello de una candileja, agarrándome la muñeca con una de sus uñas enroscadas.

—Nadie toca los dados salvo yo. Aun así, dejaré que los leas. ¿Qué ves?

Me froté la muñeca y me aclaré la garganta.

—Nada, Señora. Al menos, no veo ningún número.

Miré con renovada atención la dorada silueta giratoria que aparecía repetida en la cara superior de los tres cubos rojos y entendí entonces que la imagen contenía una cabeza y algo que parecían alas.

—¿Podría ser un dragón? —me aventuré a decir.

Lady Ginger recogió los dados y volvió a meterlos en la funda verde. Luego me miró muy fijo.

—Prometes, señorita Peck. Son muy pocos los que pueden leer

el I Ching por mera intuición. Parece que he elegido bien. Y los dados así lo han confirmado..., aunque tres dragones advierten de la existencia de un elemento de *riesgo*.

Cogió la pipa y volvió a chupar ruidosamente hasta que el pequeño cuenco labrado que tenía en la punta empezó a resplandecer y un fino penacho de humo repugnantemente dulce se elevó en el aire. Durante todo ese rato, no dejó de mirarme y me acordé de cuando el señor Fitzpatrick examina a una nueva muchacha para el coro del Gaudy.

De hecho, resultó que no iba muy desencaminada.

–¿Cuántos años tienes, Kitty Peck?

–Diecisiete, casi dieciocho.

–¿Y para hacer qué exactamente te pago en The Gaudy?

–Trabajo entre bambalinas, Señora. Limpio, ayudo con el vestuario y atiendo a los actores, sobre todo a la señora Conway, entre actos.

Al oír eso, a Lady Ginger pareció atragantársele la pipa, aunque enseguida entendí que se reía.

–La vieja Lally sigue dando guerra, ¿eh? Tengo que comentarlo con Fitzpatrick. Es hora de retirarla. No pienso pagar por carne vieja, y ya nadie va a hacerlo tampoco.

Me removí, incómoda. Todos sabíamos que la señora Conway y el señor Fitzpatrick tenían un trato especial y desde luego yo no tenía el menor deseo de ser motivo de ningún problema en ese sentido.

–La señora Conway es muy popular –dije–. Tiene a un montón de muchachos esperándola fuera todas las noches.

Lady Ginger sonrió, pero su mirada no era amigable.

–Como ya he apuntado, una muchacha muy leal, señorita Peck. Enséñame las piernas.

Lo siguiente que supe fue que Lady Ginger tendió la mano y me golpeó la falda con la pipa. Tuve que levantármela para evitar arder en llamas. No quería convertirme en un segundo Lucca.

Así que allí estaba, de pie con la falda remangada hasta las rodillas mientras Lady Ginger me estudiaba con atención. Sentí que me ardían las mejillas y que me sonrojaba como el *rouge* de la caja de maquillaje de la señora Conway, así que miré al hombre que hacía guardia en la puerta. Parecía tener cerrados los ojos, al menos eso era algo.

–Muy elegante –dice Lady Ginger–. ¿Sabes bailar?

–No estoy segura. Bailo porque me gusta, pero no como las chicas del Gaudy, si a eso se refiere.

Lady Ginger asintió.

–Fitzpatrick me ha dicho que tienes buena voz. Puedes bajarte la falda.

Cierto es que me gustaba cantar. Tanto cuando cosía trajes y vestidos en la pequeña habitación situada detrás del escenario como cuando recogía copas y prendas íntimas en el *ball* y en los palcos, no sabía trabajar en silencio. A veces Lucca me llama Fannella, que, al parecer, significa «pardillo» en italiano, aunque no me gusta que me comparen con uno de esos tristes pájaros marrones que viven encerrados en jaulas.

–¿Soportas bien las alturas?

Vaya, eso sí me desconcertó. Aunque nunca me había parado a pensar, me acordé entonces de una vez en que mandaron a Peggy Worrow a la grúa de cuerda del Gaudy para que lanzara desde allí pétalos de papel sobre la señora Conway mientras cantaba sobre lilas y campanillas, vestida como iba de pastora. Peggy se puso blanca como un lenguado y tres de los chicos tuvieron que ayudarla a bajar mientras yo me quedaba allí arriba, disfrutando del espectáculo.

Asentí.

–Sí, Señora... creo que sí.

Lady Ginger dejó a un lado la pipa y se llevó la mano a la nuca, buscándose la trenza. Tiró de la gruesa serpiente gris, pasándosela por encima del hombro, y empezó a hacerla girar. Por segunda vez en lo que iba de tarde me sorprendió su peculiar naturaleza infantil: no solo la voz, sino también los gestos. No eran los que cabía esperar de una anciana.

–Tu hermano era un muchacho listo. Algunos decían que demasiado. Me pregunto si eres tan inteligente como él.

Yo sabía que eso era imposible. Joey había sido la persona más inteligente que había conocido. Antes de cumplir seis años ya se sabía el abecedario y además me enseñó a leer. Tenía el mismo don que mamá para contar historias: en cuanto empezaba a hablar, la habitación entera, ya fuera una taberna de Pennington Street o las bambalinas del Gaudy después de una función, se congregaba a su alrededor a escucharle. Yo miraba la expresión de sus rostros,

orgullosa de tener un hermano que sabía sacar palabras del aire como Swami Jonah sacaba cartas de sus manos vacías.

Joey conocía todos los países del mundo y, lo que es mejor, reconocía un acento extranjero tan rápido como la mayoría de los hombres empezaban una pelea. Y no era solo su facilidad con las palabras: tenía muy buen olfato para los negocios. Sin duda lo tenía, porque cuando mamá murió él se ocupó de que no nos faltara de nada. Se pasaba el día fuera, trabajando a todas horas, y a veces me traía un regalo –quizá un lazo, encaje–, cosas bonitas que a cualquier niña le gustaba atesorar.

Lady Ginger se equivocaba: mi hermano había sido un prodigio. Nadie podía alcanzarle.

Bajé la vista hacia la tarima y arrugué la tela de mi falda con la mano izquierda. No quería que me viera los ojos.

–Fitzpatrick me dice que eres una chiquilla brillante. Me dice que tienes... *potencial*.

Dejó de retorcerse la trenza y volvió a coger la caja de material de escritura. La luz de las velas que iluminaba la habitación quedó reflejada en el resplandor lunar del diseño elaborado en madreperla de la tapa de ébano. A pesar de que seguía sin poder ver lo que contenía, oí cómo sus uñas escarbaban en su interior y oí también el tintineo de las pulseras.

Por fin, Lady Ginger sacó una pequeña bolsa de cuero y se la pasó de una mano a la otra como si pesara su contenido.

–Clary Simmons. Esther Dixon. Sally Ford. Alice Caxton.

Pronunció los nombres lenta, clara y marcadamente cada vez que pesaba la bolsa de cuero, y yo me estremecí. Todos en el Paraíso conocíamos a esas chicas.

Clary había trabajado en el coro del Comet, Esther y Sally eran bailarinas en The Carnival y la pequeña Alice había estado a cargo de labores en general en The Gaudy. Las cuatro trabajaban en teatros que eran propiedad de Lady Ginger, y las cuatro habían desaparecido.

Quizá haya quien crea que eso no es infrecuente en el caso de las chicas que trabajan en los *music halls*, y a veces es así, pero no en el caso de estas. Esther tenía un bebé y Sally cuidaba de su padre anciano, que había quedado tullido después de que un accidente en los muelles le hubiera roto la espalda. Ninguna de ellas se habría marchado jamás del Paraíso por decisión propia.

Y luego estaba Alice. A sus padres se los había llevado la difteria el invierno anterior, dejándola huérfana a los doce años, la misma edad que tenía yo cuando mamá murió. Pero Alice no tenía ningún hermano, solo a mí y a Peggy en The Gaudy.

Hicimos todo cuanto estuvo en nuestra mano: le encontré una habitación en mi pensión para poder cuidar de ella, y Peggy, que era por naturaleza una mujer con un gran instinto maternal, aunque solo era un año mayor que yo, siempre le estaba encontrando gruesas prendas de abrigo que encontraba al fondo del armario de la señora Conway.

Alice nos necesitaba, pero nosotras estábamos encantadas de poder ayudarla. Estaba delgada como un polluelo recién nacido, con unos ojos redondos y verdes como el cristal y una trenza de pelo mate recogida sobre la coronilla que parecía un ratón allí sentado. Trabajaba muy duro, pero aunque a menudo salía a servir con la bandeja, moviéndose entre las mesas llenas de caballeros borrachos del Gaudy, no era la clase de chica que llamara la atención, no sé si me explico. La verdad sea dicha, dudo mucho que algún hombre hubiera reparado en su cuerpo menudo y huesudo.

Hacía ya unas tres semanas que había desaparecido, algo que carecía por completo de sentido.

Alice solo nos tenía a Peggy y a mí, y a Lucca, que se la llevaba con él a su iglesia los domingos. De haberse marchado a algún sitio, se habría llevado sus cosas, pero su habitación –dos pisos debajo de la mía– estaba exactamente tal y como la había dejado la noche de su último turno.

Era la habitación más pequeña de la casa de Madre Maxwell. En realidad, era más una especie de armario, pero es que Alice no podía permitirse otra cosa.

En total éramos diez las que vivíamos en la casas, todas chicas y todas limpias y decentes, pues Madre Maxwell era extremadamente quisquillosa con sus inquilinas. Es decir: era muy quisquillosa y estaba especialmente atenta a que sus inquilinas pudieran pagarle semanalmente. Cuando Alice no regresó, la vieja avara me obligó a registrar su cuarto en busca de peniques, aunque allí no encontré nada salvo una Biblia y su ropa. Una falda gruesa y marrón que Peggy se había agenciado para alargarla estaba sobre la cama, con la mitad del dobladillo cogido

y medio metro todavía sin marcar. La aguja y el hilo estaban en el lavamanos.

No, todos sospechábamos que algo muy oscuro le había ocurrido a la pequeña Alice y a las demás chicas, pero el teatro es un lugar supersticioso en el mejor de los casos, de modo que a nadie le gustaba hablar del asunto. De todos modos, el Paraíso tiene sus propias reglas y Lady Ginger es quien las dicta.

Estudió la expresión de mi rostro durante un instante antes de continuar.

—No me gusta que nadie se entrometa en lo que me pertenece, Kitty Peck. Tú mejor que nadie debes saber lo que les ocurre a quienes... me decepcionan. Joseph me falló y pagué muy cara esa falta. De hecho, creo que tu familia tiene una gran deuda conmigo... y como resulta que ahora tú eres la única que queda, ¿quién, sino tú, podría pagarme lo que se me debe?

Sonrió de oreja a oreja, revelando unas encías pegajosas y negras.

—Tu recompensa será descubrir lo que ha sido de esas chicas. No es bueno para el negocio ni para mi reputación que ocurran cosas inesperadas en mi territorio.

Lady Ginger me estudió con atención al tiempo que sus brillantes ojos recorrían cada centímetro de mi rostro. Casi pude sentir cómo se movían, brincando sobre mi piel como un piojo. Pero esta vez no aparté la mirada. Había desafío en la suya, algo expectante... y una parte de mí estalló.

—Como usted bien sabe, Joey pagó un alto precio por lo que hizo o no hizo. Y eso nada tiene que ver conmigo. Si realmente quiere encontrar a esas chicas, lo que tiene que hacer es acudir a la policía. ¿Por qué no...?

—¿Por qué no hago *qué*, señorita Peck?

Escupió las palabras y tamborileó las afiladas uñas de su mano derecha con tanta fuerza contra la tarima del suelo que dejó pequeñas muescas en la madera. Entendí entonces que estaba furiosa. El modo en que dijo «qué» habría congelado un orinal en pleno mes de julio. Aunque podía ser tan minúscula como un pajarillo y tan vieja como una momia egipcia, era aterradora.

—Si de verdad crees que permitiría que la policía pusiera un pie en el Paraíso para husmear en mis asuntos, es que definitivamente eres tan estúpida como tu hermano. Ya me has decepcionado.

Cerró los ojos e inspiró hondo con un estremecimiento. Un instante después prosiguió:

–Sin embargo, el dado sugiere que debo ponerte a prueba. Ahora trabajarás directamente para mí, como ya lo hizo en su día tu apuesto hermano. Toma. –Abrió los ojos y me lanzó la bolsa de cuero, que cogí involuntariamente. Estaba llena de monedas–. Necesitarás ropa mejor que la que llevas. Ese vestido es un espanto.

Tragué saliva.

–Pero es que no sabré qué hacer. Por favor, no podré...

–Silencio. –Se incorporó, arrugándose en un nudo de piel y huesos en el centro de la nube de cojines–. No es una petición, Kitty Peck. Es una orden. Como ya lo fuera tu hermano, eres de mi propiedad y tengo planes para ti. Fitzpatrick sabe lo que hay que hacer. Te lo contará todo después de la función de esta noche. Ahora vete.

El hombre que montaba guardia en la puerta se apartó a un lado y retiró la pesada cortina de terciopelo, de modo que pude ver el sombrío descansillo situado en lo alto de las escaleras.

Me quedé allí de pie durante un momento con el corazón en un puño.

«En cuanto cruce esa puerta», pensé, «echaré a correr y correré hasta que esté tan lejos como me sea posible del Palacio de Lady Ginger, y ni siquiera entonces me detendré. No pienso ser una segunda Joey. Empecé a retroceder hacia la puerta, con la bolsa de monedas fuertemente agarrada. Tenía incluso dinero para ayudarme en mi huida.

La cotorra gris empezó una vez más a canturrear: «Muchacha hermosa, muchacha hermosa».

Lady Ginger sonrió, se reclinó sobre los cojines y cogió la pipa. Justo cuando llegué a la puerta la oí gritar:

–Por cierto, señorita Peck, creo que deberías saber que si me fallas en esto, no volverás a ver a tu hermano con vida.